

finía, por el período anterior á tan tremendo caso, los franceses en revolucionarios y realistas. Mas, desde la hora en que pasó tal hecho, desde la hora en que unos revolucionarios firmaban peticiones encaminadas contra los símbolos de otros revolucionarios, y la revolución se fraccionaba en tamaño número de partidos militantes, debía por fuerza venir una explosión terrible de ideas contradictorias, y tras esta explosión terrible de ideas contradictorias, todos los horrores de una guerra civil, agravada con todos los furores de una invasión extranjera.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-SEGUNDO

Aceptación del Código Revolucionario por la Monarquía

ADA produjo, sino zozobras nuevas, el ojeo al pueblo en la llanura de Marte. Aquel golpe, asestado por la municipalidad parisiense al incipiente partido republicano, pudo traer consecuencias dolorosas para éste, de haberse originado en un plan sistemático, y haberse propuesto un fin seguro y concreto. Pero nada se intentó en las vías de los dos contrarios procederes que podían seguirse. Vencidos los republicanos, importaba mucho á la corte que no quedasen vencidas tan sólo sus huestes; que también quedasen vencidas sus ideas. Era esto tanto más fácil, cuanto que todos los fautores de la manifestación habían desertado de su puesto, sin que uno solo se contara entre las víctimas amontonadas por los odios del partido constitucional y por sus descargas. Habían redactado aquella petición incendiaria, causa del conflicto; puéstola sobre los altares de la patria francesa en los templos de la libertad universal; y luego, sin asistir á la solemnidad por ellos ideada, ni presenciar el desfile de los firmantes, convocados por ellos, consagrándose cada cual á sus recreos y holgorios dominicales en París ó en el campo. Camilo pasó aquel día de muerte y exterminio consagrado al culto de su amada Lucila; Danton se fué á una quinta de los alrededores, donde residía parte de su familia; no chistó Pétion, tras haber hablado tanto en el viaje, causa de la catástrofe; Brissot desapareció, cuando él había dictado la petición; y el muñidor de la comunidad orleanista, Lasclot, no dijo esta boca es mía; encrespador del motín, se quedó en sus fiestas del Palacio Real, sin dirigir el desarrollo de la protesta, ni sacarle punta de ningún género al popular entusiasmo. Robespierre mismo sufrió

aquel día una transformación. Volvían del Campo de Marte al Municipio los hazañeros con sus hazañas, gritando como energúmenos, en el hervor de la embriaguez que les daba su triunfo; y, al pasar por la calle de Saint Honoré, donde se reunía en permanencia el club de los jacobinos, extremaron sus vociferaciones y sus amenazas. Robespierre se hallaba erguido en la tribuna, y no se conmovió. Pero se conmovió uno de los clubistas, devoto á su persona y de su religión, que iba siempre donde Robespierre estaba; le seguía los pasos á la continua; le miraba con ojos de fanático; bebía su palabra, sin que nunca se llegase á saciar, como no se sacia de agua el hidrópico; ampliaba, comentándolos en el seno de su familia, el pensamiento y el dicho de su revelador, guardados en su memoria; juraba defenderlo con el propio cuerpo si alguno de sus numerosos enemigos le agredía con golpe ú ofensa; y, como buen sectario, creía y fiaba en el maestro más aún que el maestro en sí mismo, sintiendo afluencias de apóstol, para predicar su doctrina, y vocaciones de mártir para morir por ella muerte gloriosa de inmortal. Llamábase quien así pensaba y sentía Duplay, de oficio carpintero, como San José y Jesucristo; de vocación revolucionaria, como Robespierre y Pétion. Su trabajo le granjeara un cómodo pasar, y este cómodo pasar le permitía la consagración de su persona por entero al pueblo en aquella época de la emancipación del pueblo. Imaginad lo que sentiría la noche del diez y siete de Julio viendo á los santos patriotas, como Robespierre, amenazados, y á los pasteleros constitucionales, como Lafayette, vencedores. No dejó al gran sacerdote de su vista, y púsose á su lado. Suspendida la sesión, por el terror del público de adentro á las vociferaciones del público de afuera, tuvo Robespierre que irse á su habitación, muy lejos, en las marismas, por el Jardín de Plantas, debiendo recorrer calles varias agitadas por la reacción, y encontrarse con grupos ebrios, continuadores del ojeo. Resuelto á seguirlo y acompañarlo, padeciendo con él si padecía, espirando á su lado si espiraba, defendió Duplay, por instinto de conservación propia, con la vida de Robespierre, su propia vida. La casa del maestro sita muy lejos; la casa del discípulo muy cerca; no había más remedio que recluirlo en este hogar amistoso por fuerza ó de grado, sirviéndole allí dentro con el culto que le dedicaba fuera. El momento no podía ser más oportuno; la razón de retenerlo más obvia; Duplay resolvió llevarse, con instancias tan violentas como su cariño, Robespierre á su casa. Durmió allí aquella noche; y, queriendo salir, muy obligado, la familia, industriada ya en el plan de Duplay, lo impidió, no obstante sus porfías del estadista, ofreciéndole allí asilo para siempre. Se quedó, pues, y fué un Dios, de quien el buen Duplay era sacerdote y sacerdotisa la mujer, creyendo todos prestar el mayor de los servicios á la humanidad entera, cuyo espíritu se había subido, en el sentir de aquella fe tan viva y tan tenaz, á la cabeza de Robespierre.

Con efecto, el pánico fué horroroso en toda la izquierda extrema de los revolucionarios, creyendo que iban á cerrarse los clubs republicanos, á suprimirse los periódicos extremos,

á disolverse los domagogos militantes, mientras la corte se rehacía, la Cámara se disciplinaba, los realistas constituían un haz con sus huestes, levantaban sus abatidas cabeza los cautivos, tornaban los emigrados; resolvían los constituyentes el plan de inclinar la Constitución, todavía no concluida por ellos, atrás; y una reacción duradera, por templadísima, refrenaba lo mismo las pasiones de los pueblos, que reconstituía el trono de los Reyes. Pero los constitucionales, vencedores, curáronse de todo lo aparatoso, y descuidaron todo lo fundamental. Diéronse gracias á la milicia nacional por haber salvado á la patria, pero nadie amenazaba; y llenáronse las cárceles de presos, que no habían hecho nada. El partido avanzado, después de gritar tanto y promover el conflicto, se amansaba, conociendo que su fuerza residía en el derecho, y fuera del derecho sólo alcanzaba su perdición. Así, pedía de los diputados resolución para concluir la obra constitucional con el mismo espíritu, bajo cuyas dos alas habíanla comenzado. Y los constitucionales comenzaban á entenderse con el Rey, sobre todo, con la Reina, para volver, impelidos por el nuevo curso de los hechos, la Constitución del revés. Si, en lugar de abstenerse, los realistas netos ayudan á los realistas constitucionales en esta obra de un código transigente apropiado á la reacción que comenzaba, volvieran seguramente la Constitución del revés. Los jacobinos, pues fueron hasta fundadores del célebre club republicano, los jacobinos Barnave, Lameth, Dupont volvieron las espaldas al Congreso del pueblo y las caras al palacio del Rey. Vieron que al hundirse ahora éste, se hundían sin remedio ellos, y tiraron á cogerle por los cabellos y salvarlo, cuando recibía en el pecho todas las aguas arremolinadas por tan horrible naufragio. El substrato inventado en todo este rescoldo de pasiones exaltadas fué la revisión inmediata constitucional. Había de discutirse por necesidad reglamentaria en seguida lectura, ó vista, ó debate, el Código fundamental. Y si en la revisión inmediatamente tras su fuga los Reyes hubieran perdido mucho, en la revisión inmediatamente tras el motín los Reyes confiaban algo. Hubiéranlo quizás obtenido todo, si guardaran el debido ascendiente sobre sus partidarios, y los disuadieran de su abstención suicida. Este fué, á la verdad, el error de los errores en la empecatada derecha. Los esfuerzos empleados por ir atrás, empujaban adelante; y los esfuerzos empleados para ir adelante, atrás empujaban. Los petrificados realistas imaginaban que, absteniéndose de cooperar á la obra revolucionaria, mataban la revolución; y mataron la monarquía. Los ardientes patriotas creyeron que, firmando peticiones como la firmada en el Campo de Marte, impelían la revolución; y trajeron un retroceso momentáneo, mas retroceso al cabo. Cualquier hecho material enseña más á los pueblos que mil ideas abstractas. Los constitucionales habían visto en el Campo de Marte con qué facilidad se vence por las fuerzas militares á los revolucionarios, más ó menos insurrectos; y los revolucionarios, más ó menos insurrectos, habían visto que sus fuerzas eran intelectuales, después de haber alardeado tanto de violencia; sus fuerzas eran el periódico, el club, la tribuna, la reunión popular, las asambleas al aire libre,

los electores, los publicistas, el verbo, el derecho, todo lo espiritual é intangible. Si esto se podía salvar estaba todo salvado; si esto se podía perder todo estaba perdido. Llegó en tal crisis de los ánimos un día más crítico aún; el día en que discutió el Congreso Constituyente una ley de reuniones. Salváronse por temor del Congreso á la reacción estas asambleas democráticas; y con ellas se salvó todo también para la revolución y para los revolucionarios.

Sin embargo, no desistían de sus maniobras los constitucionales, para llegar á una transacción, quizás fácil en los comienzos del periodo revolucionario; ahora imposible. La tensión de los revolucionarios, había llegado al extremo, antes del castigo en la esplanada de Marte; tras el castigo, los revolucionarios habían caído en desencanto, los monárquicos en hastío. Cansadísimo el Congreso; callados los clubs; recelosos los periódicos de suspensiones inmediatas; desconcertados por el caso adverso los facciosos, tan fáciles á los arrebatos del entusiasmo, como á los desfallecimientos del pánico; no encontrando los libelistas, ni voceadores el aire cargado por electricidades que impelen á las agitaciones de una tumultuaria y grande acción; parecía todo el mundo agobiado por los excesos del trabajo anterior y próximo á largo sueño, que reparase las agotadas fuerzas, y á helada indiferencia, que acallara las estruendosas pasiones. He aquí, el instante oportuno de urdir una inteligencia entre los viejos monárquicos y los nuevos constitucionales, para que aquéllos pudieran salvar una parte, por lo menos, de su monarquía; y éstos, la Constitución, aunque fuese alterada y restricta. Era fácil esto entre sendos jefes de las dos tendencias monárquicas; difícil entre los dos partidos. Malouet, habíase contado entre los realistas, con inclinaciones á la Constitución; Barnave entre los constitucionales, con inclinaciones á la República. Así nada más propio de uno que admitir la Constitución, si ésta le admitía el Rey; nada más propio de otro, que admitir el Rey, si éste le admitía la Constitución. Pusieron pronto de inteligencia en lo esencial á tamaño proyecto y pactaron una estrategia, muy burdamente maquinada, y por lo mismo, no muy dudosos resultados. Malouet atacaría la Constitución furioso con aparente ánimo de arruinarla toda; Barnave la defendería solícito con aparente ánimo de salvarla toda. Y viendo los dos extremos del Congreso que, por la composición y fuera de éste, no podía ni uno ni otro partido tomarse, no podía ni una ni otra tesis admitirse, llegarían á un convenio, por el cual saliesen todos á una vencedores y vencidos. ¡Engañosa ilusión! La libertad no consiente jamás tales procedimientos jesuíticos, no se compadecen la elocuencia y el disimulo. Se conoce mucho en el discurso lo que oculta y calla el silencio. En una sociedad secreta, pueden anidar las aves nocturnas de conjuraciones pérfidas; en un Congreso constituyente reinan la sinceridad y la franqueza. El plan de Malouet y de Barnave fracasó por completo. Los realistas intransigentes tiraron por un lado y tiraron por otro los jacobinos extremos. Cuando llegó la hora de votar el arreglo, las amarras no cedieron. Un jefe de la derecha se levantó entre

la mayor ansiedad, y declaró que no saldría este grupo de su retraimiento, por creer que, dando su voto á una Constitución, aunque fuese muy restricta, daba su voto á las revoluciones, y no quería revoluciones, aunque fuesen muy moderadas. Entonces Robespierre comprendió cómo había llegado su hora. Muy mortecino desde la desgracia del Campo de Marte, aunque proponiendo siempre medidas avanzadas, como son, á saber: establecimiento del sufragio universal y abolición de la pena de muerte; si afirmaba y defendía los principios democráticos, se guardaba muy bien de atacar y menos de ofender á los contrarios. Mas, según cien veces hemos dicho, el retraimiento de los realistas, alejándoles, ponía un hombre como Barnave, antes en la izquierda, sobre la derecha, y un hombre como Robespierre, antes en la izquierda constitucional, sobre la izquierda intransigente. Así con el frío propósito dictado por el abstracto raciocinio, se levantó en la tribuna éste y asestó á la cabeza de los que componían, tras la deserción realista, el extremo grupo de la derecha, estas terribles palabras: «No creo haya en el Congreso hombre cobarde, hasta el extremo de transigir con la corte sobre artículos de nuestra Constitución; pérfido hasta el extremo de hacer proponer por la corte medidas que le impediría el pudor proponer aquí; contrario á la libertad hasta el extremo de desacreditar la Constitución, antes de publicada, porque pone un freno á sus lucros y á sus apetitos de lucro; imprudente hasta el extremo de confesar que ha requerido en la Constitución venidera, no medios de glorificar y engrandecer á su nación, medios de glorificarse y engrandecerse á sí mismo; no creo haya un hombre de tal clase; pero si lo hubiera, si un discurso en tal sentido se pronunciase, aunque habría que considerarlo como un desahogo de despecho, seguido de arrepentimiento, yo pido juréis no se concertará jamás con el poder ejecutivo cosa ninguna, sin atraerse quien tal piense ó haga la calificación y la pena, del que traiciona y vende á su patria.» Los constitucionales no dijeron una palabra. Rígidos al primer frío del terror, creyeron que si recibían la cruel alusión para sí, confirmaban el terrible dictamen oficial fulminando sobre sus frentes por aquella implacable palabra, fría como el filo de la cuchilla de un verdugo. Y, mientras tanto, los realistas se frotaban las manos de gusto viendo tendidos á los constitucionales por el suelo; se holgaban los demócratas con este desquite victorioso tomado de la rota del Campo de Marte; reían y murmuraban las tribunas; los chismosos habituales á todas las Asambleas decían en voz alta los nombres de las personas malheridas por aquella terrible alusión; y desde abajo arriba en todo el salón, veíanse volver coronada de serpientes la discordia, entrando en el campo de los realistas y en el campo de los constitucionales, para destruirlos y deshonorarlos á todos.

El partido realista no estaba más compacto que los partidos revolucionarios y no sabía tampoco á qué palo quedarse. Partidarios de Luis XVI, partidarios de la indeclinable abdicación de éste en su Delfín, partidarios del conde de Provenza, partidarios del conde de